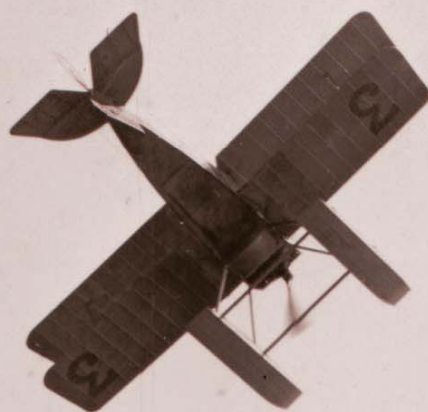


● ● ●
miscelánea



LA HIJA DEL CORREGIDOR



ANDREA VITALI

Traducción de Jorge Rizzo



ANDREA VITALI

LA HIJA DEL
CORREGIDOR

Traducción de Jorge Rizzo

m...
miscelánea

Título original:
La figlia del podestà

© 2005 Garzanti libri s. p. a.

Primera edición: febrero de 2009

© de la traducción Jorge Rizzo

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Marquès de l'Argentera, 17, Pral.

08003 Barcelona

www.miscelaneaeditores.com

info@miscelaneaeditores.com

Impreso por Brosnac, S. L.

Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1

Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-936628-2-0

Depósito legal: M. 222-2009

Los personajes y las situaciones narradas en esta novela son fruto de la fantasía. Los lugares, en cambio, son reales.

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A Manuela y Domenico

Mercede Vitali, titular de la mercería homónima situada en Via Balbiani número 27 de Bellano, era una mujer lánguida, todo piel y huesos.

Núbil.

Virgen.

Vegetariana.

De cuarenta años de edad.

Hacía veinte que no se perdía la primera misa de la mañana.

Rezaba, y luego se iba a vender bragas.

La muchacha esperaba frente a la puerta de la tienda, aún cerrada.

Era la mañana del 12 de febrero de 1931. Había una luz incierta, un aire frío y un olor a pan que invadía el pueblo, procedente del horno de Barberi.

Vitali tenía la costumbre de hablar para sus adentros. Hacía razonamientos o, más a menudo, cuentas. A veces inventaba cartas para el Duce que luego nunca enviaba. Aquella mañana no tenía nada que contarse. Había salido en silencio de la iglesia y se había encaminado a la tienda. Al entrar en la calle había visto aquella silueta indefinida a la tenue luz crepuscular.

Dos pasos después la reconoció.

Era Renata Meccia, la única hija del corregidor Agostino Meccia. Tenía veinticuatro años y un carácter dinámico, como el de su abuelo, el *cavalier* Renato.

¿Qué querría de ella?

—Buenos días, Mercede —saludó la joven.

—Buenos días.

Antes incluso de que Vitali hubiera abierto la puerta, Renata Meccia ya le había explicado el motivo de su visita.

Mercede comprendió entonces la razón del insólito horario.

Era una petición implícita de que le sirviera la mercancía y no comentara una palabra con nadie.

Un buen problema.

Fue un día de escaso negocio. Al acabar la tarde, en la caja no bailaban más que unos cuantos céntimos.

Mercede reaccionó a aquella miseria encogiéndose de hombros.

Aún no había resuelto el problema de la mañana.

Quizás el párroco le podría dar algún consejo.

Cerró la tienda a las seis.

En el pueblo soplaba un *montivo* gélido, en el aire flotaban voces masculinas, las tabernas estaban llenas, y eso que sólo en Via Manzoni se contaban siete.

Había mujeres saliendo de la misa de tarde y dispersándose hacia sus casas. Mercede se introdujo en aquella multitud murmurante. Una de las mujeres, al verla, se detuvo.

—Iba de camino a su tienda —dijo—. Necesitaba un metro de cinturilla.

Mercede se la quedó mirando.

«Un metro —pensó—. Nada menos.»

—He cerrado —respondió.

—¿Tan pronto? ¿Cómo es eso?

A Mercede el tono interrogativo no le gustó.

—¿Tengo que rendirle cuentas a usted?

La otra se quedó sin palabras. Mercede la dejó y siguió su camino.

«¡A ella tendré que rendirle cuentas!», murmuró. Por fin tenía algo que contarse.

No tenía que dar cuentas a nadie de lo que hacía. Faltaría más. Y a aquélla menos aún. ¡Un metro de cinturilla! Para tirar cohetes. A lo mejor aquélla se pensaba que volvería a la tienda y la abriría, por cuatro céntimos de cinta...

Se detuvo frente a la barriga del señor párroco, que estaba saliendo de una puertecita lateral de la iglesia, una vez cerrado el portalón.

El sacerdote tenía prisa.

Y se lo soltó enseguida. Conocía a Vitali. Se iba por las ramas hasta el infinito, también en confesión.

La primera frase de la mujer —«Necesito hablar con usted»— le hizo pensar que quizá no se había explicado bien.

—Tengo prisa —repitió.

—Pero es algo de extrema importancia —declaró Mercede.

—¿Que no puede esperar hasta mañana por la mañana?

—Yo no querría faltarle el respeto a nadie...

—¿Qué tiene que ver el respeto?

—El respeto debido a la autoridad.

—¿Qué autoridad?

—El corregidor. ¿Es o no es una autoridad?

Silencio. El párroco era buen amigo del corregidor. De confianza. A menudo cenaba en su casa.

—¿Qué tiene que ver el corregidor? —preguntó.

—Estoy aquí para explicárselo —respondió Mercede.

—Diga, pues —se resignó el sacerdote.

Mercede habló con la cabeza gacha. Frente a ella, el im-

ANDREA VITALI

nente sacerdote escuchó, con la cabeza erguida y las manos cogidas tras la espalda. Dos sombras poco más claras que la noche, que para entonces ya había caído.

Tras oír la noticia, el párroco no sabía si reír o llorar.

Se preguntó qué tenía que ver él.

—Yo le explico —dijo Mercede.

Explicó por qué le había turbado tanto aquella petición, hasta el punto de que no sabía qué hacer y por eso se había dirigido a él para pedir consejo.

Cuando acabó su exposición, el párroco estaba pálido.

—¿Está segura? —preguntó.

—Hace treinta años que estoy en este oficio —respondió Mercede.

—Y... —replicó confuso el sacerdote.

¿Estaba segura de que ese tipo de peticiones ocultaban un objetivo, una intención precisa?

Mercede se encogió de hombros.

—¡Qué otra intención quiere que tenga, reverendo! Una cosa así es para ser exhibida, acariciada...

—Está bien, está bien —la interrumpió el cura. No le había pedido que entrara en detalles.

—¿Qué hago? —presionó la mercera.

El sacerdote respiró hondo, hinchando la barriga.

—Ganemos tiempo —aconsejó.

—De acuerdo —objetó Mercede—. Un día. Dos. ¿Y luego?

El sacerdote dudó.

—Yo no quiero problemas. Ya sabe cómo es el corregidor —observó Mercede.

—Pero yo... —balbució el párroco.

—¿Su esposa no se confiesa todos los viernes? —disparó la mujer.

Era cierto.

Todos los viernes, por la mañana, después de la primera misa, Evangelia Priola rendía cuentas de sus pecados al señor párroco.

—Pero ¿qué tiene que ver? —preguntó el cura.

—Dígaselo —propuso Mercede.

—¿Cómo?

—En confesión —explicó la mercera—. Dígale que le ha llegado la información de modo confidencial y que ha considerado oportuno comunicárselo.

—¿Por qué no se lo comunica usted? —rebatía el párroco.

—Sí, claro. Así, después, si la chica lo niega, yo quedo como una mentirosa, además de como una espía.

El sacerdote no sabía por dónde escapar.

—Pero la confesión es un sacra...

Mercede le cortó en seco.

—El viernes es pasado mañana. Yo dejo pasar un día. Después usted interviene y misión cumplida.

El párroco no consiguió rebatirle.

—Buenas noches —dijo Mercede, y en menos que canta un gallo había desaparecido engullida por la oscuridad que cubría la plaza de la iglesia.

Una oscuridad gélida. El invierno se prolongaba en el aire. Y el panorama diurno se reducía a un color gris plomizo.

Al párroco le dolían los callos. Comía demasiado, y bien.

Las prisas de aquella tarde eran por una cita con la *casocùla*.¹

—Está fría. La he apagado —dijo el ama de llaves al verlo entrar por fin—. Si no, se pasaba.

El párroco la miró apretando los ojos. Parecía estar reflexionando.

—Además, el horario es el horario —comentó el ama, gélida ella también.

—*E adès, se fòo?*² —añadió—. ¿La caliente?

—No tengo hambre —contestó el párroco con decisión.

Y se metió en su estudio.

Sobre los cristales había hebras de hielo. En el aire, en cambio, flotaba el olor a col lombarda y a tocino.

La mercera tenía razón.

1. Tradicional plato de invierno hecho con col lombarda y cerdo, típico de las montañas de Lombardía. (N. del T.)

2. En el dialecto local. (N. del T.)

El corregidor era un tipo de cuidado.
Susceptible.
Desconfiado.
Vanidoso.
Rencoroso, incluso.
No era malo. Pero más le valía a uno no tenerlo en contra.
Sufría la eterna comparación con la sombra de su padre, el *ca-
valier* Renato Meccia.
La hija, en cambio, era clavada al abuelo.
Decidida.
Imprevisible, impetuosa.
El párroco lo sabía bien. Le había dado el bautismo, la comu-
nión y la confirmación. Después la había perdido de vista. No era
mucho de iglesia. La misa del domingo con sus ilustres padres, lo
justo para mantener las formas. Y nada más.
El sacerdote rebufó.
Desde luego, la mercera tenía razón.
Lo que había hecho Renata no tenía más que un objetivo. La
muchacha ocultaba algo. Y nada bueno, por lo que parecía.
El párroco se puso en pie y echó a andar. Tenía frío.
Y hambre.
Si no fuera por aquel olor en el aire del estudio...
Salió al pasillo, hacia la cocina. Un resquicio de luz se filtraba
bajo la puerta. El ama de llaves aún no se había ido a la cama.
Entró en la cocina y rompió el silencio con un conciliador
«buenas noches».
El ama masculló una respuesta.
Pero inmediatamente se levantó y se dispuso a calentar la *ca-
soeùla*. Nunca había visto que el cura se fuera a la cama con el es-
tómago vacío.
Dos platos.
Tras esto, el sacerdote se quedó satisfecho.

Miró a su alrededor complacido.

—Lo que ha sobrado —dijo— lo calentamos y nos lo comemos mañana.

El ama se encogió de hombros.

¿Por qué hablaba en plural si el cocido se lo comía él sólo?

El viernes por la mañana el párroco subió al altar y con una mirada llamó la atención de los presentes.

Evangelia Priola no estaba.

Soltó un suspiro de alivio. Luego se giró e inició la celebración.

Tampoco cuando llegó el momento de la comunión estaba la esposa del corregidor.

«Bien», pensó el párroco.

Aunque no podía echarse atrás de la media promesa que se había visto obligado a hacer a la mercera, no le parecía que tuviera tampoco que forzar la máquina, ir a buscar a Evangelia y soltarle el cotilleo como un vulgar chismoso.

Bendijo a los fieles y también al frío glacial, que hacía especialmente cruel un *tivano* que cortaba la cara, probable causa de que Evangelia hubiera decidido quedarse entre las sábanas.

Se la encontró en la sacristía.

Había entrado por la puerta de acceso al coro.

—¿Cómo usted por aquí? —balbució el párroco.

Enseguida vio que algo no iba bien.

La mujer tenía el rostro demudado, los ojos desencajados, los labios exangües y el cabello en un orden precario.

Evangelia respondió que se había levantado tarde, que había llegado con la misa empezada y que no había querido interrumpir el oficio.

Mentira.

El párroco comprendió que la mujer mentía.

—¿Quiere confesarse como siempre? —le preguntó.

Evangelia sacudió la cabeza.

—No.

¿No? Mejor.

Pero, entonces, ¿por qué había venido?

—Tengo que hablar con usted —dijo, con un hilo de voz.

¡Ella también!

—A solas —precisó Evangelia.

El monaguillo, el único que había, desapareció al instante.

—¿Qué sucede? —preguntó el sacerdote.

—Renata.

«¡Mira por dónde!», pensó el cura.

La noche anterior había sucedido una cosa.

El corregidor había salido, tenía cosas que hacer en el ayuntamiento.

En casa habían quedado ella y su hija.

Renata, hacia las nueve, le había dicho que tenía sueño.

Buenas noches.

Media hora más tarde se había levantado el *tivano* sobre el lago. Una ventana había empezado a dar golpes. Evangelia se había quedado un rato escuchando.

¿Quién se había dejado una ventana abierta con aquel viento?

Después comprendió que era una de su casa y empezó la ronda por la vivienda.

Era la de la habitación de Renata.

Pero Renata no estaba.

La cama estaba vacía.

De «buenas noches», nada. Había salido de casa a escondidas. Por la ventana.

Evangelia sintió que le fallaban las piernas.

¿Qué podía hacer?

Una tragedia.

Se quedó un rato mirando la ventana que golpeaba contra el batiente y que amenazaba con romper los cristales.

Y la cerró.

Después se puso a reflexionar.

Si su marido volvía y se daba cuenta de que Renata no estaba, se le habrían llevado todos los demonios.

No quedaba más que esperar que la muchacha volviera a casa antes que él.

Volvió a abrir la ventana, que batió de nuevo contra el marco.

Se quedó un buen rato inmóvil, en el centro de la habitación, esperando verla aparecer en cualquier momento.

Rezó pidiendo a Dios que le concediera aquella gracia.

Nada que hacer.

Empezaron a dolerle las piernas; había cogido frío.

Se sentó en la cama, esperando.

Se puso a rezar.

Se durmió.

La despertó Renata hacia medianoche.

—¿Qué haces aquí, mamá? —le preguntó.

—¿Se puede saber adónde has ido? —replicó ella.

—No —respondió.

El corregidor aún no había vuelto a casa.

Menos mal.

Pero Evangelia se había pasado la noche sin pegar ojo.

¿Qué le pasaba a aquella muchacha?

Necesitaba desahogarse con alguien.

—Estoy preocupada —dijo Evangelia.

Y tenía buenos motivos, pensó y dijo después el párroco.

Ahora ya no podía echarse atrás.

—Siéntese.

Evangelia se sentó en un banco apoyado en la pared, junto al armario donde se colgaban las vestiduras de los monaguillos.

La penumbra la engulló.

«Mejor», reflexionó el párroco, a quien, para lo que tenía que decirle, le resultaba práctico fingir que no tenía a nadie enfrente: era como si hablara para sí mismo, a media voz. Lo había hecho muchas veces, allí mismo, en el silencio de la sacristía, preocupado por los asuntos más diversos.

Cerró los ojos.

Habló como si realmente estuviera solo.

Cuando volvió a abrirlos, Evangelia ya no estaba.

El párroco se frotó las manos; había cumplido con su deber.

La patata caliente ya había pasado a otras manos.

Al corregidor, el pescado del lago le gustaba más que nada en el mundo.

A Evangelia le daba asco.

Habían pasado tres días de la charla con el párroco.

Al entrar en casa, Agostino Meccia olisqueó el aire y entendió al vuelo. Su mujer le había preparado pescado para cenar.

Arenques de río, probablemente. Enharinados y fritos.

Al momento se le hizo la boca agua.

Hasta un momento después no se preguntó el porqué de aquello.

¿Por qué aquella sorpresa?

Es más, aquel sacrificio extremo.

Evangelia odiaba el pescado. Y, por encima de cualquier otra cosa, el pescado frito: aquel olor que se insinuaba por todos los rincones impregnaba la ropa, penetraba en el pelo.

«A los hombres se les gana por el estómago», pensó el corregidor.

—Cielo santo —murmuró.

Sería que...

¿Cuánto tiempo hacía que no estaba con su mujer?

¿Un mes?

No, dos.

Quizá tres.

¿Podía ser aquél el motivo?

La mesa estaba puesta en el comedor.

Al corregidor le vino otra duda a la cabeza. Repasó el calendario mentalmente. No. No se había olvidado de santos, cumpleaños, aniversarios u otras celebraciones.

—¿Dónde está Renata? —le preguntó a su esposa, que estaba en la cocina dando los últimos toques a la mayonesa.

No estaba.

Estaba —le aclaró Evangelia— en casa de la tía Rosina. Pasaría allí la noche.

La tía Rosina era una de las poquísimas amigas que había hecho Evangelia en Bellano, aunque llevara veinticinco años viviendo allí.

Tenía ya ochenta primaveras a las espaldas, pero también una mirada aguda y la mente clara.

Evangelia había ido a verla por la tarde. Le había preguntado si podría sufrir una fiebre diplomática aquella noche.

—¿Y eso por qué? —había preguntado la tía Rosina.

—Porque necesito quedarme sola con mi marido —había sido la respuesta.

—Mira qué pícara... —había comentado la viejecita, guiñándole el ojo y con una sonrisita maliciosa.

Evangelia se había sonrojado.

—No, no... —había replicado, nerviosa.

—No, si hacéis bien —la había interrumpido la tía Rosina—. Si yo aún pudiera...

Era soltera, pero eran pocos los placeres de la vida que se había negado.

—Es por Renata —había rebatido Evangelia.

—Ya, ya, lo he entendido —había sonreído Rosina.

Renata la quería mucho. La llamaba tía, aunque no lo fuera en realidad, porque la había visto siempre por casa. Rosina había sido su primera amiga y confidente. Mejor que una tía de verdad.

Así que, si se enteraba de que no estaba muy bien, se ofrecería a pasar la noche en su casa haciéndole compañía, dispuesta a atender cualquier necesidad. No era la primera vez que ocurría.

—Y mientras ella esté aquí —había concluido Rosina—, vosotros dos sois libres, como dos recién casados.

A Evangelia le invadió un nuevo sofocón. Pero aun así, no replicó. Contra la testarudez de Rosina había poco que hacer.

—Bien —dijo el corregidor, satisfecho—. Esperemos que nuestra Rosina se recupere enseguida.

Los ojos, golosos, entraron en contacto con la mesa.

Evangelia había hecho las cosas a conciencia: acababa de ver la mayonesa en la cocina.

Pero sobre la mesa había también un cuenco lleno de salsa verde, una escudilla con una salsa de aceite, ajo y hierbas aromáticas, un fogón que mantenía caliente una mixtura que emitía el reconfortante aroma del vinagre, señal de que también habría sá-balo en escabeche.

Si hubiera también un poco de polenta... Pero tampoco podía exigirse más.

Se sentó a la cabeza de la mesa, con Evangelia enfrente. Antes de echar mano de aquella gloria bendita, lanzó un vistazo a su mujer.

«¿Por qué aquella cena?», se preguntó una vez más.

«¡Bah!»

Mejor dejar la cuestión para más tarde. Ante una cena como aquella, más valía no pensar demasiado.

Se sirvió un primer arenque.

ANDREA VITALI

Fue comedido, pasó meticulosamente de los sabores más delicados a los más fuertes.

Comió silenciosamente durante casi una hora.

Del último sábalo no sobró más que la cabeza, porque no habría sabido ya dónde meterla.